

BERNARDO VELADO, EN CRISTO

(1922-2012)

En las lápidas de algunos sepulcros de las catacumbas romanas aparecen inscripciones riquísimas por su contenido, en ocasiones alusivas al difunto, a su condición eclesial, civil, etc., pero no pocas veces los epitafios son oraciones o aclamaciones a Cristo y a los santos y expresión de la vida de la fe. Desconozco si en la sepultura familiar de los Velado-Graña en el camposanto de Astorga hay alguna inscripción de este tipo. De todos modos encuentro muy bella y apropiada la frase que aparece en el recordatorio de Mons. Bernardo Velado, nacido en Lois (León), bautizado en su imponente iglesia parroquial conocida como «la catedral de la montaña» y fallecido en Majadahonda (Madrid) a la venerable edad de 89 fecundos años. Dice así: «Para mí la vida es Cristo y morir una ganancia» (Flp 1,21).

Es hermoso que, por encima de los títulos y los méritos, muchos y no pequeños, de D. Bernardo se haya querido señalar la referencia a su bautismo. El citado pensamiento paulino constituye una aquilatada expresión de un buen discípulo de Cristo, y bien puede asumirla el buen cristiano, buen sacerdote y buen liturgista que ha sido el hijo menor de Francisco Velado, de profesión maestro nacional, y de Mercedes Graña, de profesión sus labores. El padre falleció repentinamente dejando a su esposa con cuatro niños; el más pequeño era D. Bernardo con cuatro años de edad. En Lois conocí hace tiempo a una señora centenaria y madre a su vez de un sacerdote, que guardaba aún el recuerdo de la familia del señor maestro.

Los tres aspectos mencionados antes se funden entre sí y no es fácil separarlos para elogiar uno de ellos. En efecto, la actitud reflejada en la frase de san Pablo, enfermo y en la cárcel, deja muy claro que lo único importante es Cristo, el Señor que se hace presente en la vida de los bautizados especialmente a través de la liturgia. D. Bernardo lo vivió con una gran paz y serenidad admirables, sobre todo en los últimos años de su vida. La referencia al *morir* acentúa esta dimensión en cuanto la muerte del cristiano es participación plena y no solo sacramental en el misterio pascual de Jesucristo. Por eso es una *ganancia*.

Hemos sido muchos los que hemos comentado, a la muerte de D. Bernardo, nuestro deseo durante sus últimos años de disponer un poco más de su sabiduría, de su experiencia y de sus puntos de vista en el campo litúrgico. Quizás hayamos abusado de su bondad y de su gran voluntad al servicio de la liturgia en los ámbitos en los que ha prestado su colaboración: la diócesis de Astorga, el Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia y la Asociación Española de Profesores de Liturgia. El mismo afán nos movía a cuantos estábamos en el compromiso de hacerle un homenaje de afectuosa gratitud y de reconocimiento en forma de *Miscelánea* de estudios.¹ Temíamos no poder ofrecérselo en vida. En el volumen aparecen además de los «elogios» y referencias a la obra bibliográfica del homenajeado, habituales en este tipo de libros, un espléndido ramillete de adhesiones de obispos, profesores, artistas, escritores, etc., coincidentes sobre todo en el cariño y la veneración hacia D. Bernardo, extensible en varias aportaciones a D. Hortensio, el hermano mayor y también sacerdote, que escribe un hermoso y espiritual epílogo revelador de la vida sencilla y fraterna -nunca mejor dicho- de los dos hermanos Velado.

Cuando me invitaron de la revista *Phase* a escribir una semblanza de D. Bernardo, me vino a la mente la oportuna y clarificadora llamada de Benedicto XVI a la *hermenéutica de la continuidad* o de la *novedad en la continuidad*, sin rupturas ni saltos, en la interpretación del Concilio Vaticano II y de modo particular en relación con la

1 Cf. *Introibo. Miscelánea en honor del Ilmo. Mons. Bernardo Velado Graña*, Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica 2011.

reforma litúrgica que el citado Concilio diseñó. La extensa vida de D. Bernardo Velado ha sido un ejemplo admirable de esa continuidad de pensamiento y de práctica en la que se han conjugado los cambios en los ritos y textos y la renovación de las actitudes, ya desde los tiempos que siguieron a la publicación de la encíclica *Mediator Dei* de Pío XII (1947) y a su aplicación en España, sobre todo a partir del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona (1952), de los coloquios de pastoral litúrgica desde 1954 y de la constitución de la Junta Nacional de Apostolado Litúrgico (1956). La primera dedicación a la liturgia y al canto gregoriano de D. Bernardo como profesor, después de su ordenación presbiteral en 1945, se produjo en el Colegio de Santiago de Salamanca para vocaciones tardías (1947-1948). En 1948 fue nombrado profesor de liturgia, predicación y arte sacro en el Seminario de Astorga y en 1956 delegado episcopal de liturgia, predicación, música y arte Sacro en la misma diócesis.

Aquellos años estaban presididos por la aplicación de las orientaciones de las encíclicas *Mediator Dei*, ya citada, y *Musicae sacrae disciplina* también de Pío XII (1955), sobre la participación de los fieles en la misa con las primeras composiciones musicales para este fin. Eran años de fecundo apostolado litúrgico en todas las diócesis, de encuentros internacionales de Estudios Litúrgicos, de la restauración de la Vigilia pascual (1951) y de toda la Semana Santa (1955), de simplificación de rúbricas del Breviario (1955), del gran Congreso Internacional de Liturgia de Asís (1956). Esas y otras medidas caldearon el ambiente y contribuyeron sin duda a que, una vez anunciado el Concilio Vaticano II (1959), fueran muchos los obispos de todo el mundo que propusieron precisamente una reforma general de la liturgia cuando el beato Juan XXIII pidió a que se hicieran sugerencias sobre los temas a tratar. Las primeras publicaciones litúrgicas de D. Bernardo datan precisamente de esos años preconciatares y son testimonio de su sintonía con aquel espíritu que cristalizó en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963).

Después vino la reforma litúrgica. D. Bernardo fue protagonista animoso y responsable de su aplicación en la diócesis de Astorga, dedicando una especial atención a la información de los pasos que

se iban dando y, especialmente, a la formación de los sacerdotes y de otros agentes de la pastoral a la vez que ofrecía materiales sencillos y oportunos. Los cambios no le encontraron desprevenido. Varios fueron los medios empleados por él para acompañar las primeras traducciones y adaptaciones de la liturgia todavía en vigor y, especialmente, la entrada de los nuevos libros litúrgicos: las carpetas tituladas *Introibo* (1965-1981) que contenían desde textos de conferencias sobre liturgia hasta sugerencias para la pastoral litúrgica, las publicaciones del Instituto Diocesano de Formación y Acción Pastoral (liturgia, predicación y arte sagrado), las campañas de prensa y radio, los folletos *Pueblo de Dios*, y especialmente los cursillos anuales de Pastoral Litúrgica (1959-2009), el capítulo sin duda más sobresaliente de su labor como delegado diocesano que le convirtieron, sin pretenderlo él, en un referente y modelo para los demás delegados de liturgia, primero de las diócesis del entorno y después de toda España.² Desde 1981, cuando se inició una colaboración entre las delegaciones de liturgia de la entonces llamada «Región del Duero» y las diócesis de la provincia eclesiástica de Oviedo, a la que pertenece Astorga, D. Bernardo fue siempre el más entusiasta animador del grupo y de las iniciativas y el más fiel participante en las reuniones.

Pero hay otras importantes facetas a destacar en D. Bernardo. Como su facilidad y elegancia en el uso de la palabra. Magistral de la catedral de Astorga desde 1954, sus homilias de gran sabor litúrgico fueron transmitidas todos los domingos por Radio Popular de Astorga durante muchos años. Lo mismo sucedía en sus conferencias, siendo cada día más solicitado en reuniones nacionales de los delegados diocesanos de liturgia, Jornadas Nacionales de Liturgia y en otros encuentros. Sorprendía siempre por su extraordinaria memoria y capacidad para conectar con las sensibilidades y aportaciones del momento. Otro aspecto muy importante de D. Bernardo era su gran cultura teológica, eclesiástica en general, musical y literaria, fruto sin duda de las lecturas en su biblioteca, extraordinaria por su volumen y calidad. Por algo, para sus

2 De todo esto se habla en la Miscelánea citada antes: cf. los trabajos de B. Escarpico, A. Alcalde, F. Centeno, J.L. Castro.

antiguos alumnos de Astorga D. Bernardo era, sencillamente, «el profesor». Esta amplia formación le permitió preparar la selección de más de 420 himnos de la edición española de la Liturgia de las Horas (en realidad de los tomos II, III y IV, 1979-1981), componiendo él mismo unos 46, a los que hay que añadir las traducciones y versiones adaptadas de himnos en lengua latina. Y al mencionar la Liturgia de las Horas, cómo no recordar la entrañable estampa doméstica de los dos hermanos Velado rezando el Oficio Divino juntamente con su piadosa madre, fallecida en 1986 a los 91 años.

Fue el cardenal D. Marcelo González Martín, arzobispo de Toledo y presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia, anteriormente obispo de Astorga, el que incorporó a D. Bernardo al Secretariado Nacional de Liturgia como consultor en 1981. Pero D. Bernardo era también operario constante en las tareas, no pocas veces ingratas y ocultas, de leer y corregir traducciones, intervenir en proyectos de notas y documentos de la Comisión, responder consultas, etc. Sus últimos trabajos de esta naturaleza han estado dedicados a la revisión de la traducción del *Misal Romano*, especialmente de la tercera edición típica (2002 y 2008). En estas ocasiones le acompañaba también D. Hortensio contribuyendo ambos a perfeccionar literaria y musicalmente las traducciones. Para ellos era un honor proponer sus palabras para la oración de la Iglesia. Y contra lo que pudiera parecer en una consideración superficial –D. Bernardo vistió siempre la sotana clerical–, sus sugerencias y observaciones eran auténticamente progresistas en el sentido del «legítimo progreso» (cf. SC 23). Tan solo ha habido, que yo sepa, un deseo reiteradamente formulado por D. Bernardo siempre que tenía ocasión, relevador de sus inquietudes y de su formación musical, que no se ha logrado llevar a la práctica y que él no veía tan difícil: se trataba de la necesidad de una Escuela de Música Sagrada ligada a alguna universidad o facultad de la Iglesia o, al menos, a algún conservatorio.

En cuanto a las publicaciones de D. Bernardo, en la bibliografía que aparece en la Miscelánea apenas hay títulos que excedan las 70 páginas. Todo lo demás son colaboraciones en revistas, obras colectivas, volúmenes de estudios, etc. No sé si pensó o le pidie-

ron alguna vez escribir algún libro. Pero el hecho es que toda su bibliografía conjuga reflexión, madurez, prudencia, finura de espíritu, delicadeza, amor a la liturgia, espíritu de servicio, incluso optimismo, etc., reflejo de las cualidades de su alma. Sin duda, D. Bernardo goza ya de la «liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén hacia la cual nos dirigimos como peregrinos» (SC 8).

+ Julián LÓPEZ MARTÍN

Obispo de León.